

Pedro Antonio Hellín Ortuño
Universidad de Murcia

Contra Debord

Schiffter, Frederic (2005). *Contra Debord*. Barcelona:Ed. Melusina.

Seguramente por la novedad que representa, no hemos tenido que esperar mucho para que este panfleto satírico, publicado en su versión original francesa en 2004, vea la luz en España. Basado en un escrito anterior: *Guy Debord, l'atrabilaire*, que apareció en el año 1997 y que sí tuvo que pasar un largo tiempo a la espera para poder ser publicado, debido a los “miedos”, de los editores, por los comentarios que podría recibir un libro que critica abiertamente a una de las “vacas sagradas” de la crítica a la sociedad contemporánea.

Frédéric Schiffter, filósofo de inspiración nihilista, no duda en poner en tela de juicio a uno de los grandes inspiradores de las teorías modernas sobre la configuración del mundo occidental. Lo hace en esta obra corta y ágil, estructurada en cuarenta y un capítulos-sentencia, donde el autor demuestra un profundo conocimiento de la obra de Debord, y también de las fuentes filosóficas que lo inspiraron.

Lo que pretendemos en estas páginas es repasar la obra de Debord, utilizando como estructura el libro de Schiffter; de forma que, tras los comentarios del segundo, citaremos al primero para ejemplificar lo dicho, intentando facilitar al lector el acercamiento crítico, partiendo de la premisa de que consideramos la filosofía de inspiración nihilista como una digna herramienta de crítica filosófica, puesto que la misma ha superado, a su vez, muchas tendencias, modas y críticas de intención destructiva, hasta llegar al momento actual manteniendo su vigencia.

“Al lógico de lo peor”, es la dedicatoria del prólogo, y ya deja clara la opinión de Schiffter respecto al autor (por si no había quedado clara con el título). Opinión que no sólo se reduce a la obra, sino también a la personalidad y los hechos de su vida.

El origen y la inspiración de la obra se deben a la crítica a la sumisión intelectual de los *debordistas* para con la obra de Debord (libre hasta el momento de críticas interesantes) y a quienes él llama sectarios, argumentando largamente este calificativo.

A lo largo del prólogo, Schiffter traza una genealogía de la noción de espectáculo, para recordar al lector que ésta procede, siguiendo la historia de las ideas, de una metafísica y una moral antiguas (de la Grecia Clásica, recordemos a Platón y su *mito de la caverna*); concluyendo el recorrido cuando Debord asocia el *espectáculo* a lo *falso*, que es tan perfecto en su mimetismo que ha hecho que los hombres olviden lo que fue *verdadero*: “Que fastidio que Debord, al morir, se llevara consigo el recuerdo y la definición” (pag.13) de lo verdadero.

Además, para remachar su crítica a la persona, utiliza la voz de otro filósofo para recordarnos que no hubo coherencia entre su vida y su obra, ya que el que criticó a los medios de comunicación como base de todos nuestros males, trabajó para uno de ellos. “Con todo, acabó por sucumbir al pequeño y ruin espectáculo, trabajando en vida para la cadena de televisión Canal +, que le consagró una velada póstuma. Guardo el recuerdo de una lección pretenciosa e insulsa” (Apéndice: carta de Frédéric Pajak al autor, 111)

Nuevamente una dedicatoria, esta vez para abrir el texto principal. Tanto la cita como el autor elegidos son una clara muestra del pensamiento de Schiffter, que sigue haciéndolo muy explícito. “Puesto que soy un canalla, tú también deberías serlo: con esta lógica se hacen las revoluciones”. Friedrich Nietzsche.

Cuenta el autor cómo llegó a la obra de Debord porque le habían contado que era un teórico marxista, y cómo obtuvo la impresión de que su doctrina estaba más próxima a la de Rousseau (por su idealismo con el ser humano) que a la de Marx, además de imbuida de un profundo resentimiento. “El resentido es aquel que reprocha a la vida la frustración de sus expectativas (...) Dondequiera que pose su mirada repleta de sospecha sólo ve mentira, impostura, falsificación, usurpación y maquinación. De creer lo que dice, este mundo en el que vivimos no sería el mundo *verdadero*; por lo que, quien no desee subvertirlo, afirma, no es más que un insensato o un granuja” (pag. 23). Al fin y al cabo, el resentimiento no es más que la desgracia de estar triste, según Schiffter.

Acusa a Debord de enorgullecerse de condenar al mundo sin querer escuchar “sus ilusorios discursos” como forma de condena ante la artimaña del

espectáculo, que recupera la palabra que lo designa para así neutralizarla mediante su uso inocuo en el mismo *espectáculo*. Esta artimaña explicaría, también, por qué hasta ahora no se han cumplido los designios profetizados por Debord en sus obras acerca del advenimiento de un nuevo orden social que arruinará nuestra actual *sociedad del espectáculo*: llegará tras la superación de todas las etapas de su particular calvario, todas ellas largas y complejas.

Como muestra de este pensamiento hemos encontrado la Tesis 34: “El espectáculo es el capital en un grado tal de acumulación que se transforma en imagen” (Debord, 1998), como base de la artimaña del *espectáculo*. En la Tesis 16: “El espectáculo somete a los hombres vivos en la medida que la economía les ha sometido totalmente. No es más que la economía desarrollándose por sí misma. Es el reflejo fiel de la producción de las cosas y la objetivación infiel de los productores” (Debord, 1998), creemos encontrar la explicación a la perpetuación de nuestro actual sistema social, del mismo modo que en la Tesis 61: “El agente del espectáculo puesto en escena como vedette es lo contrario al individuo, el enemigo del individuo en sí mismo tan claramente como en los otros. Desfilando en el espectáculo como modelo de identificación, ha renunciado a toda cualidad autónoma para identificarse con la ley general de la obediencia al curso de las cosas. La vedette del consumo, aún siendo exteriormente la representación de diferentes tipos de personalidad, muestra a cada uno de estos tipos teniendo igualmente acceso a la totalidad del consumo y encontrando una felicidad semejante. (...)” (Debord, 1998), vemos una representación del individuo *somatizado* por la sociedad espectacular.

Schiffter desmenuza las fuentes que, según él, sirvieron para montar la *teoría del espectáculo*: la (una) metafísica, la (una) economía política y la (una) moral, dejando claro que piensa que las ideas sirven para interpretar el mundo, nunca para subvertir el caos. Cosa que, permanentemente, pretendió Debord.

El hecho de que en la *teoría del espectáculo* se hable de una esencia de lo original, implica el recurso a la metafísica, y deja el camino abierto al autor para que en la tesis-sentencia novena cite a Freud y Schopenhauer acerca de la necesidad metafísica de los mortales de tener una razón para existir. Lo que acerca esta disciplina al ámbito de lo religioso, pese a su voluntad de explicar, ya que su deseo “absolutamente” religioso es el de significar. “La metafísica, mucho mejor que cualquier religión, triunfa así siempre sobre la herética sabiduría según la cual no hay nada que explicar” (pag. 32). El mismo Debord, da una explicación muy próxima en su Tesis 136: “Las religiones monoteístas han sido un compromiso entre el mito y la historia, entre el tiempo cíclico dominando todavía la producción y el tiempo irreversible en que se enfrentan y recomponen los pueblos. Las religiones surgidas del judaísmo son el reconocimiento

universal abstracto del tiempo irreversible que se encuentra democratizado, abierto a todos, pero en lo ilusorio. El tiempo todo se orienta hacia un único acontecimiento final: ‘El reino de Dios está cerca’. (...)’ (Debord, 1998), asociando la religión a la interpretación del tiempo y acercándola al ámbito de la metafísica.

A continuación, toca repasar los autores en los que se basa Debord para la construcción de su teoría, a los que de manera general califica en el bando de los filósofos *charlatanes*, aquellos “que no queriendo ver lo real tal y como es, inesencial, lo recubren con un doble ilusorio que terminan por percibir como lo esencial” (pag. 34). Estos filósofos buscan convertir en fundamentales cuestiones que, según Schiffter, son absolutamente prescindibles, y por eso se sitúan frente a los que él prefiere, los pensadores, los nihilistas.

Entre los que inspiraron la **teoría del espectáculo** destaca a Rousseau, obsesionado por persuadir a los hombres de que están condenados a una renaturalización y convirtiéndose en el prefacio de las ideologías políticas de corte violento que han buscado la salvación histórica de la humanidad; y a sus predecesores, Platón y Diógenes el Cínico. Además de estos, de Marx utiliza la teoría del fetichismo, de Feuerbach la idea de la esencia invertida del hombre, y de Hegel su visión histórica; de forma que puede anunciar el (re)encuentro de la esencia del ser genérico de los hombres en la praxis histórica. Una muestra de la defensa de sus fuentes y de la violencia de la teoría la hemos encontrado en la Tesis 86: “Toda insuficiencia teórica en la defensa científica de la revolución proletaria puede estar relacionada, tanto por el contenido como por la forma de la exposición, con una identificación del proletariado con la burguesía desde el punto de vista de la toma revolucionaria del poder” (Debord, 1998). Esta tesis hace alusión al peligro de entender que las actuales formas de violencia política representan las postuladas por Debord, que sólo acepta las originales (como parte de la corriente que lo asocia con Rousseau y sus ideas del *buen salvaje*).

Cuando nos muestra la visión de Debord sobre el arte en la *sociedad del espectáculo*, Schiffter se muestra especialmente irónico: “apela a los proletarios –conocidos por su sentido de lo bello, de la dialéctica y de la conversación– (...) pues la cultura, *mercancía-vedette*, tiene por vocación que el proletariado reincida en el sofisma según el cual la vida sin espíritu se enriquece en el consumo ostentoso del espíritu sin vida” (pag. 49). Sólo la revolución proletaria podrá devolver al mundo su fraternal comunidad perdida, como muestra la Tesis 100: “El mismo momento histórico en que el bolcheviquismo ha triunfado *por sí mismo* en Rusia y la socialdemocracia ha combatido victoriosamente *por el viejo mundo* marca el nacimiento acabado de un orden de cosas que es

el centro de la dominación del espectáculo moderno: *la representación obrera* se ha opuesto radicalmente a la clase” (Debord, 1998), donde recupera la idea de que la *representación espectacular* es sólo una copia inocua del original (en este caso de los proletarios). Mientras tanto, la única posibilidad revolucionaria es la de renunciar a los distintos encantos que esta corrupta sociedad les ofrece porque la mercancía (especialmente la artística) aparece como la culpable de la ocultación final a los hombres de las verdaderas razones que les hacían vivir. La única forma de haber podido gozar de la autenticidad de las cosas habría sido conocer la Edad de oro de las cosas (!). “Así, en una época en la que no puede existir ya ningún arte contemporáneo, resulta difícil juzgar las artes clásicas. Aquí como en otras partes, la ignorancia se produce para explotarla. Al mismo tiempo que se van perdiendo a la vez el sentido de la historia y el gusto, se van organizando redes de falsificadores”. (Debord, 1999:62)

Es en los *Comentarios a la sociedad del espectáculo*, que se presentan de esta peculiar forma: “Estos Comentarios no tardarán, sin duda, en ser conocidos por unas cincuenta o sesenta personas; lo cual ya es decir mucho en los tiempos que vivimos y tratándose de asuntos de tamaño gravedad. Pero también se debe a que en ciertos ambientes tengo fama de entendido” (Debord, 1999:13), donde, según Schiffter, el platonismo inherente a la obra de Debord se extrema. Allí, la mercancía aparece como el artificio que oculta la verdadera sociedad, creando una falsificación del mundo que los individuos viven como real. A esta tesis se opone el autor argumentando que las mercancías “de antes” eran las que se creaban para ser eternas, cumpliendo una función de enmascaramiento de lo efímero; “ahora que los hombres fabrican a la ligera productos inmediatamente consumibles, la verdad se restablece: todo lo que se había representado como lejano –lo divino, el poder, la riqueza- se vive directamente” (pag. 59). La mercancía no puede ser entonces más que un objeto anti-ideológico, porque no oculta nada y no espera nada; convirtiéndose en una imagen cruda (y cruel) de lo insignificante de nuestros deseos y de nuestros destinos. Queremos llamar la atención sobre esta idea, ya que no sólo supone una oposición frontal a las ideas de Debord, sino a las de una buena parte de los teóricos contemporáneos, y a nosotros no nos parece más descabellada que las opuestas.

“*La sociedad del espectáculo* constituye el breviario de los resentidos” (pag. 62). El movimiento situacionista fundado por Debord cree que la esencia original del hombre se halla fosilizada (prisionera) en la mercancía, razón más que poderosa para que no se busque la satisfacción en ese fetiche, lo que imposibilita la obtención de un mínimo consuelo a lo que, por otra parte, no tiene una razón precisa de ser. Tesis 195: “El pensamiento de la organización social

de la apariencia está él mismo oscurecido por la *infracomunicación* generalizada que defiende. No sabe que el conflicto está en el origen de todas las cosas de su mundo. Los especialistas del poder del espectáculo, poder absoluto en el interior de su sistema de lenguaje sin respuesta, están absolutamente corrompidos por su experiencia del desprecio y del éxito del desprecio confirmada por el conocimiento del *hombre despreciable* que es realmente el espectador” (Debord, 1998). El repaso a los planteamientos situacionistas le lleva a calificarlos en su conjunto como los “insignificantes cínicos del S. XX”, igual que los cínicos fueron los socráticos insignificantes, también según el autor. Y como contraposición a las teorías de la Internacional Situacionista, utiliza una cita de Chamfort para mostrar su visión, “la mejor filosofía relativa al mundo es aliar, a este respecto, el sarcasmo de la felicidad con la indulgencia del desprecio”.

Al comentar el *Panegírico* de Debord, Schiffter olvida los preceptos de lo políticamente correcto al expresar su opinión sobre el autor (que fue el autor de su propio panegírico), al que considera un grandilocuente preocupado de dejar testimonio de su genio a la humanidad, iluminando así su falta de envergadura. “Más altivo que gentil, con toda la hinchazón y la pedantería del *doctor en nada*, Debord sólo comienza a escribir cuando dispone de un botín repleto de plagios” (pag. 75). Su estilo es semejante al de otros porque directamente los copia, como parece confirmar él mismo en la Tesis 207: “Las ideas se mejoran. El sentido de las palabras participa en ello. El plagio es necesario. El progreso lo implica. Da más precisión a la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, elimina una idea falsa, la reemplaza por la idea justa”. (Debord, 1998)

Una de las constantes en la obra de Debord es el tiempo, el paso del tiempo concebido como un proyecto homogéneo distinto del vértigo. Tesis 145: “Con el desarrollo del capitalismo el tiempo irreversible se ha *unificado mundialmente*. La historia universal llega a ser una realidad, ya que el mundo entero se reúne bajo el desarrollo de ese tiempo. (...)” (Debord, 1998). Influidor por la filosofía hegeliana se prohibió una visión de la Historia desde la perspectiva del caos, la defendida por Schiffter, que entiende que las causas perdidas no merecen ninguna defensa porque los semejantes, la humanidad, son traidores (recordemos el mito de Abel y Caín, dice); al estar convencido de que no hay forma de lavar las afrentas del tiempo, ninguna revancha romántica le puede conmovir. Por el contrario, Debord creía que podría tomar por asalto el futuro para hacer triunfar una utopía. Las Tesis 152: “En su sector más avanzado, el capitalismo concentrado se orienta hacia la venta de bloques de tiempo ‘totalmente equipados’, cada uno de los cuales constituye una sola mercancía unificada que ha integrado cierto número de mercancías diversas. (...)”

(Debord, 1998) y 153: “El tiempo seudocíclico consumible es el tiempo espectacular, a la vez como tiempo del consumo de imágenes, en el sentido restringido, y como imagen del consumo del tiempo en toda su extensión. (...)” (Debord, 1998), son la mejor expresión de esta concepción mercantilista del tiempo.

El siguiente escalón en esta crítica sistemática es hacia la consideración (por parte de muchos) de Debord como un *dandy*. Si este dijo de sí mismo que no ha pretendido agradar, resulta contrario al planteamiento del *dandy*, que no pretende desagradar, sino irritar mediante la impertinencia (entendiendo que consiste en no tomarse nada en serio cuando todo es trágico) y los modales exquisitos; dejando para los agitadores la desagradable invectiva, “¿cabe imaginar, siquiera un momento, al dandy dirigiéndose a los huelguistas incluso para mofarse de ellos?” (pag. 83). Y de esta manera cierra toda posible respuesta.

En cuanto a la organización social propuesta como solución a la *sociedad del espectáculo*, que califica de esta forma en la Tesis 215: “El espectáculo es la ideología por excelencia porque expone y manifiesta en su plenitud la esencia de todo sistema ideológico: el empobrecimiento, el sometimiento y la negación de la vida real. (...)” (Debord, 1998). Schiffter desconfía de cualquier forma de poder, incluso de la que niega el poder, porque cualquiera de ellas es absolutista, cosa que confirma Debord: “Se impone la conclusión de que estamos ante un relevo inminente e inevitable dentro de la clase cooptada que gestiona la dominación y que, sobre todo, dirige la protección de esa dominación”. (Debord, 1999:100). Schiffter considera que la vida es narcisista y que ha terminado por parecerse a sus reflejos. “Ahora, incluso si ya sólo se refracta en las mercancías de baja calidad, la vida se vuelve cada vez más brillante. *So what?*, decía Warhol” (pag. 92). Los pretendidos sortilegios de la mercancía lo dejan hasta tal punto frío, que no consigue percibir en la mercancía más que la utilidad y el precio, ni rastro del *valor de uso*, ni del *valor de cambio*. Mucho menos la separación entre sus *necesidades naturales* y sus *necesidades artificiales*. Considera que los libertarios se vuelven teólogos cuando no entienden que el drama de los humanos actuales no es el de sentirse extraños de sí mismos entre las mercancías, sino por el contrario, el de no poder olvidarse de sí mismos entre unas mercancías cada vez más semejantes a su imagen y diseñadas por el sistema y las herramientas del marketing conforme a sus deseos (a su imagen y semejanza).

La gran aportación de Debord, su crítica a la mercancía, es un discurso, según el autor, que la propia sociedad mercantilista formula para hacer creer que tiene enemigos; de forma que puede renovarse y perdurar (tal y como postula el propio Debord). Igualmente no supo apreciar cómo la propia sociedad

mercantilista anima a la gente a reivindicar su deseo de felicidad como un derecho, porque terminó cayendo en la ideología y perdiendo la omnisciencia necesaria para emitir juicios. Concluye Schiffter con una sentencia lapidaria, pero que deja entrever la ironía de su escrito y la poca trascendencia que el propio autor confiere a todo lo dicho (puesto que cree que muy pocas cosas en la vida –todas ellas terrenales– merecen consideración): “Quedará de él un cliché. No está tan mal. Según Baudelaire, crear un lugar común revela genio” (pag. 102).

Y así, la fe de Debord en la utopía de un mundo mejor no lo convirtió en un hombre peligroso, sino en un intelectual contestatario.

Referencias:

DEBORD, G. (1998): *La sociedad del espectáculo*. *Archivo Situacionista Hispano*. [http:// www.sindominio.net/ash/espect0.htm](http://www.sindominio.net/ash/espect0.htm)

Edición original: *La société du spectacle* (1967). Ed. Champ Libre, París

DEBORD, G. (1999): *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Ed. Anagrama, Barcelona

Edición original: *Commentaires sur la société du spectacle* (1988). Ed. Gérard Lebovici, París

SCHIFFTER, F. (2005): *Contra Debord*. Ed. Melusina, Barcelona

Edición original: *Contre Debord* (2004). Ed. Presses Universitaires de France, París

V.V.A.A.: *Archivo Situacionista Hispano. Textos de Debord y otros teóricos situacionistas*. [http:// www.sindominio.net/ash](http://www.sindominio.net/ash)

